**Viernes XXIII del TO  
Ciclo A**

11 de septiembre de 2020  
1Cor 9, 16-19.22-27  
Sal 83  
Lc 6, 39-42

*P. Eduardo Suanzes, msps*

« *¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!*» ¡Qué frase tan corta y cómo se ha quedado grabada en todos nosotros! Desde que oyó Pablo, en el camino de Damasco, aquellas palabras, «*Yo soy Jesús a quien tú persigues*», es imposible separar de él ser «apóstol» y «evangelizar». Ese « *¡Ay de mí…!*» es un grito desgarrador surgido de lo más profundo de sus entrañas. Evangelizar, para él, es ante todo una necesidad, no algo potestativo, no algo así como: «sería para mí una pena no anunciar el Evangelio»; lo que él quiere decir es esto: «mi desgracia es segura si no lo anuncio».

Y me imagino que para él tuvo que ser penoso exponer a los corintios este sentimiento profundo de su corazón, como lo tiene que ser para un padre responder a la pregunta de su hijo «¿papá por qué te sacrificas por mí?», pidiéndole explicaciones de su conducta; expresar la evidencia de lo íntimo es lo que nos causa vergüenza, como a Pablo dar este tipo de explicaciones. De alguna manera, los corintios han hecho daño a Pablo para tener que expresarse de esta forma. Y le han herido en un punto particularmente sensible

Y lo dice abiertamente: «*Predicar el Evangelio no es para mí un título de gloria, sino una necesidad que me ha sido impuesta*». ¿Por qué? Porque «*la iniciativa de esta tarea no viene de mí* —dice—,...*es un encargo que me ha sido encomendado*. Y el grito de Pablo no es ya el del hombre que era antes, «*libre respecto a todos*», sino el de alguien que «*se ha hecho esclavo de todos para ganarlos a todos*»; y si añade que: «*castigo mi cuerpo y lo esclavizo*», lo hace, nos explica él mismo, «*para que no suceda que habiendo predicado a los demás que de yo descalificado*»

Anunciar el Evangelio como los demás es demasiado poco para él, que quiso en otro tiempo destruir la Iglesia. Desde que Cristo se le reveló, se apoderó de él, y se siente obligado, entregado, hipotecado al Señor, en una forma que supera toda medida. Esto le lleva hasta la palabra «necesidad», aunque, evidentemente, no pretende decir que no lo haga con total libertad y de todo corazón. Pero lo siente de tal modo justo, que no puede hacer otra cosa sino entregarse a la tarea con libertad total. A Pablo le motiva algo tan hondo que ***su libertad llega a su plenitud en esta necesidad***. ***El núcleo y el contenido más hondo de la libertad es aquella necesidad con que el hombre ama aquello de lo que llega a conocer plenamente que merece toda la fuerza de su amor y toda su entrega, es decir, en definitiva, Dios[[1]](#footnote-1)***.

Ya nunca podrá decir otra cosa que esto: «*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios*»...[[2]](#footnote-2). Esta es su tarjeta de visita, y no la cambiará. A los romanos les dirá lo mismo: «*Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, puesto aparte para anunciar el Evangelio de Dios*»[[3]](#footnote-3). Escribiendo a Tito, se presenta del mismo modo: «*Pablo, siervo de Dios, apóstol de Jesucristo para llevar a los elegidos de Dios a la fe y al conocimiento de la verdad*»[[4]](#footnote-4). Pablo no sale de aquí, y cuando concluye sus cartas siente la necesidad de repetirlo: «*Lo he llenado todo del Evangelio de Cristo*», escribe a los romanos[[5]](#footnote-5); y a los efesios: «*Orad también por mí, para que al hablar se me pongan palabras en la boca, con que anunciar con franca osadía el misterio del Evangelio, del cual soy mensajero, en cadenas, a fin de que halle yo en él fuerzas para anunciarlo con libre entereza, como debo*»[[6]](#footnote-6). De este modo, se hace eco fiel del envío de los apóstoles el día de la Ascensión: «*Id, hacedlos discípulos a todos*»[[7]](#footnote-7).

Podría servirnos de conclusión de esta reflexión sobre Pablo una frase del pintor y escultor francés Braque: «Con la edad, el arte y la vida acaban formando una sola cosa», para san Pablo, evangelizar y vivir se funden en un todo[[8]](#footnote-8).

1. Cfr. Eugen Walter. *Primera carta a los Corintios*. Ed. Herder. Barcelona, 1971 [↑](#footnote-ref-1)
2. Ef 1, 1 [↑](#footnote-ref-2)
3. Rm 1, 1 [↑](#footnote-ref-3)
4. Tit 1,1 [↑](#footnote-ref-4)
5. Rm 15, 19 [↑](#footnote-ref-5)
6. Ef 6, 19-20 [↑](#footnote-ref-6)
7. Mt 28, 19 [↑](#footnote-ref-7)
8. Cfr. Jacques Loew. *Perfil del apóstol de hoy. Como si viera al Invisible*. Pamplona, 1966 [↑](#footnote-ref-8)